

Odila. Ya está visto que contigo no hemos de sacar nada en limpio; y que nada, nada quieres rebajar de cuanto has dicho.

Natalia. No soy yo quien no quiere rebajar, sino que es la Modestia; sus leyes son tan sagradas como inexorables; así por mas escrupulosamente que las observéis, nunca temáis exederos en este particular.

Médula. ¿Se extienden tambien sus leyes aun á los muertos?

Natalia. Sí; queriendo que se les trate con el mismo respeto, que si estuviesen vivos.

Odila. Pero ¿qué cuidado puede darles esto á los muertos, ni tampoco lo contrario?

Natalia. ¿Qué cuidado? No tenéis mas que leer el Cap. 18.º tom. 3.º de las *Vidas de los Santos Padres del Desierto*; y veréis, si es verdad ó no lo que os digo (1).

Médula. Ea, pues; esto es hecho; nuestro partido por tomado ya; que es, el de seguir puntualmente todas las leyes de la Modestia.

Natalia. Yo lo deseo así; y nada podrá darme mayor gusto que esto.

(1) El siguiente caso hace comprender bien, cuanta es la Modestia, con que es necesario portarse con los muertos.

“Habiendo llegado á mi noticia, dice cierto joven, que la hija de uno de los Sugetos principales de la Ciudad había fallecido; y que para llevarla á enterrar fuera de la poblacion ó

CONVERSACION XLVI.

SOBRE LAS MODAS.

Camila. Como hoy en dia nada hay mas de moda

extramuros de ella (*), la habian amortajado con muchos y muy preciosos vestidos; la perversa constumbre que yo tenia de hacer mal, me sugirió que yo entrase por la noche en el lugar donde estaba su sepulcro; desenterréla; despojándola enteramente sin perdonar ni aun la camisa la dejé tan desnuda como estaba cuando nació”

“Hecho esto y queriendo yo salir de allí, veo que se levantan

* Los repetidos ejemplos de esta especie, que se encuentran en la Historia Eclesiástica (muchos de los cuales pueden verse en el erudito informe dado al Consejo por la Real Academia de la Historia en 10 de Junio de 1783,) no solo confirma la loable constumbre y disciplina tanto antigua como moderna de enterar los Cadáveres fuera de los Pueblos; sino que recomiendan gran en manera las sábias y paternales intenciones de nuestro Augusto Monarca explicadas últimamente en su Real Cédula de 3 de Abril del presente año tocante á cementerios.

que seguir las *Modas*; quisiéramos saber si esto es una cosa inocente, ó no.

ta con denuedo, y asiéndose con su mano izquierda de mi derecha me dijo: ¡Oh hombre malvado y el mas perverso de los nacidos! ¿Es posible que hallas tenido el grande atrevimiento de dejarme así desnuda? Pues ya que el justo temor de los juicios de Dios, y de tu condenación eterna no han bastado á amedrentarte; ¿Por qué, dí, no me has tenido lástima, siquiera viéndome muerta? ¿Cómo, siendo tú Cristiano no te has abergonzado de desnudar de esta manera á una muger Cristiana? ¿Por qué no has respetado á mi sexo este sexo á quien debes la vida; y no has temido, ultrajándome de ésta suerte á mí, el ultrajar también á tu madre? ¡Miserable y aun más infeliz de lo que puede ponderarse! Cuando hubieres de comparecer, como es inevitable ante el Tribunal tremendo de Jesucristo, ¿Qué excusa, qué descargo podrás tú dar del horrible delito que contra mí acabas de cometer? Ningún hombre extraño, miéntras he vivido, ha logrado verme la cara; y ¿tú, el mas osado de todos después de muerta yo has tenido valor para entrar en mi sepulcro; despojarme enteramente; y y mirar desnudo todo mi cuerpo?”

“Este horroroso espectáculo, y sus enérgicas palabras, me llenaron, añade el citado joven, de tan extraordinario terror, que todo despavorido, y lleno de mie lo, apenas la pude responder: Suelta, suelta; déjame salir de aquí; que en toda mi vida volveré á hacer una cosa semejante.”

“Á lo cual me replicó ella: espera; no pienses que te has de ir así; tú has entrado en mi sepulcro cuando has querido; pero no has de salir de él cuando quieras; en él entraremos los dos; y no imagines que te vas á morir luego al punto; antes

Basilisa. Si acaso llegaráis á pensar que esta era una cosa inocente, os alejarías infinito de la verdad.

de eso, padecerás aquí crueles tormentos por espacio de muchos días; y después has de espirar miserablemente, entregando con indecibles congojas esa desdichada alma, que no temiste perder por medio de un pecado tan detestable.”

Entonces yo, reiterando mis ruegos, y acompañándolos con lágrimas, para que me dejase ir, la supliqué por Dios Todopoderoso, que tuviese compasión de mí; y la protesté y juré que nunca jamás me volvería á acontecer el incurrir en semejante falta.”

“Por fin, aplacándose á fuerza de tantos ruegos, lágrimas y suspiros, me respondió: si quieres salir de aquí con vida, y librártelo de una desventura tan grande, dame luego palabra de que no solo has de dar de mano á todas esas abominables acciones sino que también has de renunciar sinceramente el siglo, y te has de hacer desde ahora solitario por servir á Jesucristo, y hacer penitencia de tus enormes pecados.”

“Yo se lo juré así y en estos términos: Protesto por el Dios á quien he de entregar algún dia mi alma que cumpliré, no solamente lo que tú acabas de intimarme, si también que no volveré mas á mi casa; sino que desde aquí me iré derecho á un Monasterio”

“Díjome ella entonces: Pues ea, vísteme ahora en la propia conformidad que antes estaba: lo cual efectuado por mí, se volvió ella á poner en el mismo estado en que la hallé; tornándose á su antiguo reposo y yo ejecuté fielmente cuanto la había prometido.”

(Vidas de los Santos Padres del Desierto, tom. 3. cap. 18. de la traducción de Mr. Arnauld d' Andilly.)

Domitila. Pero aquello que se ve que todo el mundo lo hace, no ha de mirarse como una cosa inocente?

Basilía. No es esa la regla que se debe seguir, para saber si una cosa es inocente ó nó: pues el que haya multitud de culpados, no hace que sea inocente lo que es malo.

Camila. Según eso muchísimas personas habría que hiciesen mal.

Basilía. Para hablaros con la debida claridad en esta materia, es necesario distinguir tres especies de Modas: unas que son *inmodestas*; otras que son *fantásticas*, extravagantes y ridículas; y otras, que pueden llamarse *indiferentes*.

Domitila. Esa distinción nos agrada ciertamente porque desde luego echamos de ver que, no las condenas todas.

Basilía. Atended bien para que podáis formar un juicio cabal, á lo que voy á decir sobre cada una de ellas.

Camila. De buena gana: ¿á qué modas, pues, llamas *inmodestas*?

Basilía. A aquellas que ofenden el pudor y la Modestia; como el llevar descubiertos los brazos la espalda y el pecho.

Domitila. Esas también nosotras las condenamos, igualmente que tú; pues no creemos que puedan ser inocentes.

Basilía. Tenéis razón; así que son muy dignas de condenarse.

Camila. Demuéstranoslo, si gustas.

Basilía. Sea lo primero, que casi no es posible dar en tales Modas, sino por una corrupcion secreta del corazón.

Domitila. Pero tal vez las que entran en ellas, no sabrán que esto sea malo; y solamente cuidarán de seguir la Moda.

Basilía. Digan lo que quisieren sobre eso, de que *no piensan* si no tuvieran corrompido el corazón, ya procurarían evitarlas.

Camila. ¿Con qué estas tales no conocen su corazón?

Basilía. Es propio de toda pasión el cegar, y hacer que se piense que no se obra mal en lo que mas daño suele haber.

Domitila. ¡Lastimoso estado es ese!

Basilía. No solo esto: ¿no veis, que aunque no fuera otra cosa, que una de las consecuencias de estas Modas inmodestas es dar muerte á las almas, por quienes murió Jesucristo?

Camila. ¡Qué! ¿hasta ese extremo llega?

Basilía. Pues ¿no sabéis, que no se necesita mas que un mal pensamiento, deteniéndose voluntariamente en él para dar muerte al alma?

Domitila. Y ¿qué? ¿tendrán ellas la culpa de todos estos malos pensamientos?

Basilía. No lo dudéis; puesto que ellas son voluntariamente causa de tales pensamientos.

Camila. De esa manera muchos pecados tendrán á su cargo.

Basilía. Sí por cierto; y todos estos pecados son otros tantos homicidios espirituales

Domitila. Pero ¿y si nadie ha llegado á tener malos pensamientos con esta ocasión?

Basilía. Eso es casi imposible; pero aun cuando fuese posible, ellas hacen de su parte lo que basta para causar estos homicidios espirituales. Dios, que vé claramente su corazón, lleva cuenta con estas culpas. Ellas han preparado y puesto delante el veneno: si nadie ha llegado á beberle y á emponsoñarse, no ha quedado por falta de diligencia suya; y así siempre son culpables en esto.

Camila. Mas quizá ellas no han llevado tal intención; ó á lo menos, nosotras no debemos presumirlo.

Basilía. Yo bien creo, que algunas de ellas no la llevarán directa y expresamente; pero todas la tienen tácitamente, y de una manera disfrazada y encubierta en las tinieblas de su corazón

Domitila. ¡Terrible cosa es esto que nos dices; y cierto, que hay mucho que temer de estas tales!

Basilía. ¡Que espanto no será el suyo á la hora de la muerte, viendo que en el tremendo juicio de Dios se le impúta un número casi infinito de homicidios espirituales!

Camila. No, no; ya no tendremos á estas Modas por tan indiferentes, como hasta ahora las habíamos creído.

Basilía. Yo me alegro mucho de que vayáis abriendo los ojos sobre un mal tan grande, y tan universal.

Domitila. Pero finalmente, no todas las Modas son

inmodestas; ¿qué juicio pues debe hacerse de las que llamas *fantásticas* y ridículas?

Basilía. A la verdad, yo no pienso tan mal acerca de éstas; pero, para deciros lo que siento, casi, casi no pienso mucho mejor que de las otras.

Camila. ¿Qué es lo que dices? nos espantas con eso.

Basilía. Reflexionad estos vocablos de *fantástico* y ridículo; que suenan bastante mal á los oídos de una persona cristiana.

Domitila. Con, todo no suenan tan mal, como *inmodestas* y contrarias al pudor.

Basilía. Es verdad; pero cuando se consideran los diversos enlaces, que una persona cristiana tiene con Jesucristo, no se puede comprender, como tiene valor para cargarse toda de adornos extralagantes y ridículos.

Camila. ¿Por ventura recae todo esto sobre Jesucristo?

Basilía. Supuesto como es así, que tales personas son miembros de Jesucristo, ¿Cómo queréis que no recaiga sobre este Señor lo que recae sobre los que son miembros suyos?

Domitila. En habiendo de atender á eso, desde luego convenimos en que ya no es cosa tan inocente como al principio juzgábamos.

Basilía. ¿Cómo es posible que sea inocente lo que hace agravio á Jesucristo?

Camila. No podemos menos de confesar, que esta razon merece se pese y medite despacio.

Basilía. Mucho gusto tengo en que conozcáis vosotras mismas, que lo fantástico y ridículo no se puede atribuir á una persona que está enlazada por medio de tantos y tan sagrados nudos con lo mayor, lo mas augusto y lo mas santo que hay, que es Jesucristo.

Domitila. Pero semejantes personas no piensan sin duda, que hacen injuria á Jesucristo en sujetarse á estas Modas.

Basilía. Que lo piensen ó no, es lo que menos importa: añadid á lo dicho, que todo lo ofende á Jesucristo, ofende á Dios y al espíritu Santo, cuyas imágenes y templos son estas mismas personas.

Camila. Capaz eres tú de descubrir que hay mal, donde á nosotras no nos había pasado hasta aquí por la imaginación siquiera.

Basilía. ¡Que sobresalto también á la hora de la muerte, cuando estas personas vean claramente, de que manera han tratado la imagen de Dios, los miembros de Jesucristo, y el templo del Espíritu Santo!

Domitila. Basta ya eso para convencernos plenamente sobre este particular. Pasemos ahora, si te parece al tercer género de Modas; y dinos, qué concepto formas de las que se pueden llamar y tener por *indiferentes*.

Basilía. Yo entiendo por estas Modas, aquellas que ni son inmodestas, ni tampoco extrabagantes ó ridículas.

Camila. De esa suerte ¿no será malo seguir estas Modas?

Basilía. Tú lo dices; pero yo no digo tal.

Domitila. ¿Y porqué? Dí.

Basilía. Porque basta que ellas se conformen con el siglo, para que dejen de ser ya cosa inocente.

Camila. Pero si estas Modas nada tienen de malo; ¿cómo puede ser malo esto?

Basilía. Sí tienen; el espíritu del mundo; y el espíritu del mundo no puede ser compatible con el Espíritu de Jesucristo.

Domitila. ¿Hay sobre este punto alguna prohibición?

Basilía. Una se encuentra en la Epístola de San Pablo (1) en estos términos: "Cuidado no os conforméis con el presente siglo" como si dijera; con el espíritu y porte de la gente del siglo.

Camila. Ignorábamos, que hubiese una prohibición semejante.

Basilía. Ya no lo ignoráis; procurad conformaros puntualmente con ella.

Domitila. Que juicio pues haces tú de aquellas personas, que á cada paso se conforman, y abrazan todas cuantas Modas nuevas ven?

Basilía. Yo no puedo discurrir que estas tales personas tengan mucho del espíritu de Jesucristo; puesto que tan adictas son al espíritu del mundo.

Camila. Mucha desgracia es esa, de no tener el espíritu de Jesucristo.

1 Rom. 12. 2.

Basilía. Sí, grandísima; pues el Apóstol nos declara, que "quien no tiene el Espíritu de Jesucristo, no pertenece á Jesucristo. (1)

Domitila. Y ¿que remedio para eso?

Basilía. El no ser nunca de las primeras en seguir ninguna Moda, aun de las que se llaman *indiferentes* (pues por lo que mira á las otras, jamás es lícito abrazarlas); y ser siempre de las últimas en esto: el que en caso de seguirlas, sea con disgusto y como por fuerza, y lamentándose siempre de tan enfadosa presición.

Camila. Nosotras temíamos que nos condenases todavía á alguna cosa mas de lo dicho.

Basilía. Esa palabra *temíamos*, me hace á mí concebir algún tumor de vosotras; quiero decir; el que aun os quede alguna afición y gusto á las Modas.

Domitila. No hablemos ahora precisamente en nuestro nombre, sino en el de las demás; y asi nada temas de nosotras porque esta nos prontas á subscribir á todo cuanto nos has dicho sobre este asunto.

Basilía. Por fin eso me consuela y me inspira seguridad; pues, como os amo deveras, me afligiría en gran manera el saber que pensabáis de otra suerte.

Camila. No; porque lo que nos has dicho nos convence de que no hay Moda alguna, aun de las indiferentes que no sea una servidumbre, á la cual por consiguiente es necesario no sujetarse, sino lo mas tarde que se pudiere, y siempre con dolor y sentimiento.

1 Rom. 8. 9

Basilía. Regocijada estoy de oír, que os espliquéis de esa manera.

Domitila. En suma: ¿hay algun tiempo, en que se pueda seguir las Modas y sugetarse á ellas?

Basilía. Por lo que toca á las primeras, que son *inmodestas*, y que ofenden al pudor y la modestia, no hay tiempo alguno en que se deban seguir.

Camila. ¿Con qué se quedará esto para las segundas y terceras?

Basilía. Es necesario mirar á las segundas casi lo mismo que á las primeras; porque lo que es fantástico y ridículo, y que consiguientemente repugna á la razón y al buen sentido; jamás puede seguirse, á no querer pasar por unas locas.

Domitila. ¿Sólo, pues, se extiende tu condescendencia á las terceras?

Basilía. No, no se extiende á mas; y eso, porque, despues de pasado ya algún tiempo, la que se resistiese á ellas, ó no las adoptase, habría de pasar precisamente plaza de mujer singular; en cuyo caso la razón misma pide, que por evitar el vicio de la singularidad, nos conformemos con el mayor número.

Camila. Con que, á no temer el incurrir en este vicio de la singularidad, ¿jamás debiera una conformarse con estas Modas?

Basilía. No por cierto, nunca.

Domitila. Ahora ya comprendemos muy bien todo esto; y de ello haremos la regla de nuestra conducta en lo sucesivo.

Basilía. Perseverad en esos sentimientos, y hallaréis gracia ante los ojos de Dios y de los Angeles, que gustan y se complacen mucho de todo lo que es serio, grave y modesto.



CONVERSACION XLVII

SOBRE EL LUJO EN LOS VESTIDOS

Crescencia. Todos los días estamos oyendo declamar contra el *Lujo*; y quisieramos saber, si en esto llevan razón ó no.

Emilia. Esa es una pregunta que merece se examine despacio.

Florescia. Por lo mismo, te suplicamos, que te sirvas de hacerlo así; pues tenemos mucha confianza en tus luces.

Emilia. ¿De qué Lujo queréis hablar? ¿Del de los vestidos, del de los muebles, ó del de la mesa?

Crescencia. ¿Tan grade es la extención del Lujo.

Emilia. Sí; á todas esas cosas se extiende y aún algo mas todavía.

Florescia. Pues al presente, solo tendremos la mira en el Lujo de los vestidos.

Emilia. Tampoco yo quiero hablaros ahora mas que de eso; pero con la condición de que todo lo que yo